



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

4 de febrero de 1888

Núm. 14



CLOTILDE Y SU LORO

Ayuntamiento de Madrid

LA FUENTE DE LAS MARAVILLAS

PROCURARÉ recordar uno de los cuentos que con mayor atención escuchábamos cuando la venerable abuela presidía nuestras reuniones nocturnas, antes de la hora de acostarse, y nos tenía con un palmo de boca abierta, ora apiñados alrededor del brasero, ora tendidos sobre algún banco en la azotea, pues en todo tiempo nos agradaban sobremanera.

Se trata de la *Fuente de las Maravillas*.

—Así la llamaban, hijos míos,—nos decía,—por las cosas que de ella se contaban, y solía desaparecer á los ojos de unos cuando los de otros acababan de verla.

—Pero eso ¿cómo podía ser?—exclamábamos.

—Ya lo comprenderéis en llegando al final de mi cuento. La *Fuente de las Maravillas* corría á la sombra de laureles y mirtos, entre perlas y corales, y brillaba el cristal de su corriente como plata bruñida ante el rayo del sol. Acudían rusesños á beber de sus aguas para enriquecer la armonía de sus cantos; y violetas, rosas y madreselvas le debían la incomparable dulzura de su aroma.

Algunos niños la habían encontrado en medio de un bosque de perenne frondosidad; pero, al volver á casa, vanamente procuraban dar las señas del sitio que ocupaba. Por esto sus compañeros solían burlarse del caso, aunque se afanaban también por encontrarla al oír que sus aguas eran más dulces que el almíbar. ¿Y sabéis por qué la buscaban inútilmente? Porque ellos no querían sino la golosina.

Precisamente los golosos eran los mismos que solían desobedecer á sus padres y no atender á sus maestros, los que aborrecían el estudio, los soberbios y los mal hablados, los vengativos, los ingratos y los envidiosos.

Bien comprenderéis, hijos míos, que si eran éstos los que no encontraban la *Fuente de las Maravillas*, los afortunados en su hallazgo serían los obedientes, los humildes, los aplicados, los generosos y los agradecidos.

**

—Los niños de mala conducta,—continuó la abuela,—no conseguían el hallazgo porque la buscaban vagando por no ir á la escuela y desoyendo los consejos paternos.

Entre los buenos había dos que con mayor frecuencia lograban contemplarla: Pedro y Miguel.

—¿Y bebían de aquella agua tan dulce?—preguntamos todos con avidez.

—Sí, pero no por golosina, como lo hubierais hecho casi todos vosotros; y no volváis á interrumpirme. Pedro y Miguel, después de haber cumplido muy bien sus deberes, descansaban á las márgenes de la fuente arrullados por el murmullo de sus aguas y por los trinos de los rusesños. Ahora sabréis la causa de su suerte. Pedro pertenecía á la familia más pobre del pueblo. Habiendo muerto su padre, ayudaba á su madre en el cuidado de un rebaño de ovejas, por cuya ocupación le daban un salario insuficiente para alimentarse y vestirse; cuidaba también de un hermano muy pequeñito; iba al monte por leña para el hogar, lo mismo en verano que en invierno; se desvelaba por que su madre, con frecuencia enferma, no careciese de lo más necesario; y, sin



¡Cómo llueve!

embargo de tales ocupaciones, asistía con puntualidad á la escuela, siendo en ella de los más aventajados y de los más queridos por el maestro.

—¿Y era Miguel tan bueno, abuelita?

—Sí, hijos míos: su familia era rica y él el mejor amigo de Pedro. Había perdido á su madre, le quería como hermano, partía con él su alimento y su ropa, era el orgullo de su padre por su comportamiento y buen corazón, y al

verle al lado de Pedro no había familia que no le mostrase como modelo á todos los niños, ni pobre que no le bendijera.

¡Cuánto quisiera yo que vosotros los hubieseis visto á las márgenes de la fuente milagrosa, cuando juntos experimentaban aquella dulzura incomparable de sus aguas, tejiendo guirnaldas de violetas, mirtos y madreselvas; cuando las avecillas, sin temor alguno, venían á posarse sobre sus hombros, y les acariciaban con sus picos, y les recreaban con sus gorjeos!

En los cristales de la fuente contemplaban la imagen de la madre de Miguel, en forma de ángel, que les sonreía.

Así los dos amigos se imaginaban allí en el Paraíso; eran dichosos; no pensaban en las penas que el mundo podía prevenirles para la edad madura; allí desdeñaban las vanidades por que tanto se afanan los hombres como los niños; allí se sentían más satisfechos que los que se titulan grandes de la tierra. La *Fuente* los protegía cual si fuesen sus hijos, y hasta durante el sueño sentían que por ellos velaba el murmullo arrullador de aquellas aguas.

*
*
*

Todos á una interrumpimos á la abuelita.

No podíamos ya resistir el vehementísimo deseo de ver la *Fuente de las Maravillas*; á porfía queríamos lanzarnos en su busca, pero pensando principalmente en que sus aguas eran más dulces que el almíbar.

—Todos podríais encontrarla,—nos dijo,—con una sola condición.

—¿Nada más que una?—preguntamos, llenos de asombro por el poco precio de cosa tan preciosa.

—Nada más; pero es la condición de que seáis todos tan aplicados, tan obedientes, tan generosos, tan buenos hijos, y amigos tan excelentes, como Pedro y Miguel.

—¡Todos, todos!—clamamos con entusiasmo.

—Pues la *Fuente de las Maravillas*, hijos míos, es la fuente de la virtud.

Algo pensativos nos quedamos al saberlo: sin embargo, no por esto se mostró menos decidida nuestra resolución de encontrarla.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



LOS DIAMANTES

La mañana estaba muy hermosa.

Teresa y su hermanito se habían levantado al clarear: los pájaros, que á millares anidaban en el bosque inmediato, los habían despertado.

Los dos niños abandonaron su casa y se dirigieron al campo.

Hacia apenas una hora que el disco solar había roto las doradas gasas que le envolvían: el aire se sentía fresco, la hierba se mostraba con indecible fres-



La fuga del cerdo

cura, y los árboles aparecían tan mojados que Teresa creyó que había llovido durante la noche.

De repente Luis, su hermanito, exclamó:

—Observa, Teresa: sobre aquellos rosales blancos brillan hermosos diamantes: ¿quieres que vayamos á cogerlos?

Y los dos chicos, sin más reflexiones, se lanzaron á través de la floresta, atraídos por el brillo de las codiciadas piedras.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando al llegar junto al hermoso rosal vió que las hojas de sus flores estaban bañadas de agua, y que su ilusión no había pa-

sado de tal! Pero brillaban tanto aquellas hojas que su brillo hubiera hecho palidecer los destellos de las piedras preciosas.

La tentadora ficción se reprodujo otras veces, y otras tantas corrieron los niños, atraídos por el reflejo diamantino que descubrían en diversas plantas.

Desconcertado, Luis, dijo á Teresita:

—No lo comprendo: no ha llovido, y están estos árboles cual si los hubiesen regado: ¿cómo puede ser esto, Teresita?

—¿Yo qué sé?—contestó la niña.—Cuando vayamos á casa se lo preguntaremos á mamá.

Y, efectivamente, así lo hicieron.

Su buena madre se hallaba á la sazón disponiendo el café que debía servir á sus hijos antes que éstos fueran á la escuela; y, aprovechando aquella feliz oportunidad, les dijo:



Los apuros de Zip

—Lo que acabáis de ver, mis queridos niños, no es agua procedente de lluvia: es el *rocío*.

—¿Qué es el *rocío*?—preguntaron los niños.

La madre tomó un plato y cubrió con él la boca del tazón que contenía el café. A los pocos instantes el plato estaba enteramente cubierto de pequeñas gotas de agua.

—Ya sabéis,—les dijo luego,—que el calor y el agua producen el vapor: si en medio de ese vapor colocáis un cuerpo frío, se disuelve aquél en menudas gotas de agua. Hay siempre en suspensión en el aire una cantidad de humedad, esto es, de vapor de agua. Cuando esa cantidad aumenta, la divisamos nosotros en forma de niebla ó de nubes; cuando es muy poca, apenas si la divisamos. Como de noche hace más frío que de día, ya que los rayos solares no calientan la tierra, el vapor del aire se condensa en forma de gotitas sobre cuantos cuerpos fríos encuentra, del mismo modo que el vapor que despiden vuestras tazas se ha condensado en el platito, como acabáis de ver.

—Y ¿por qué antes no habíamos visto el rocío?—preguntó la niña.

—Porque tan luego como sale el sol,—replicó su madre,—comienza á calentar la tierra, y el rocío que baña las flores se evapora; eso es, las gotas de agua se trasforman de nuevo en vapor y se elevan y desaparecen en la inmensidad.

—¡Yo que creí que eran diamantes!—exclamó Teresita, entre confusa y contrariada; á lo que replicó su hermanito:

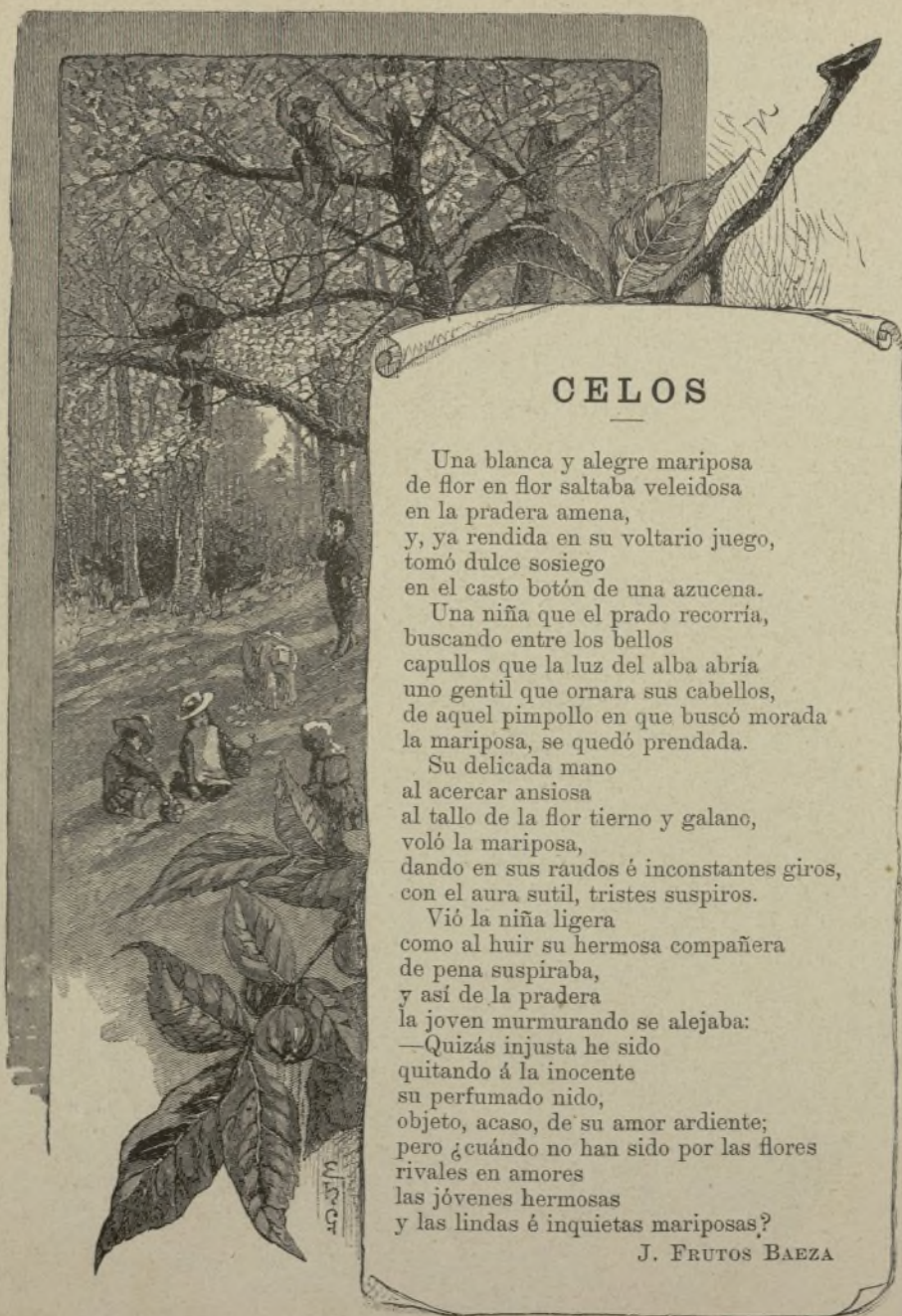
—Diamantes han sido para nuestra inteligencia: á ellos debemos el nuevo conocimiento que acaba de demostrarnos mamá.

Y el niño dijo bien: es mucho más útil una buena lección que un diamante.

A. OZORES



Los apuros de Zip



CELOS

Una blanca y alegre mariposa
de flor en flor saltaba veleidosa
en la pradera amena,
y, ya rendida en su voltario juego,
tomó dulce sosiego
en el casto botón de una azucena.

Una niña que el prado recorría,
buscando entre los bellos
capullos que la luz del alba abría
uno gentil que ornara sus cabellos,
de aquel pimpollo en que buscó morada
la mariposa, se quedó prendada.

Su delicada mano
al acercar ansiosa
al tallo de la flor tierno y galano,
voló la mariposa,
dando en sus raudos é inconstantes giros,
con el aura sutil, tristes suspiros.

Vió la niña ligera
como al huir su hermosa compañera
de pena suspiraba,
y así de la pradera
la joven murmurando se alejaba:
—Quizás injusta he sido
quitando á la inocente
su perfumado nido,
objeto, acaso, de su amor ardiente;
pero ¿cuándo no han sido por las flores
rivales en amores
las jóvenes hermosas
y las lindas é inquietas mariposas?

J. FRUTOS BAEZA

A coger nueces

NUESTROS GRABADOS

CLOTILDE Y SU LORO

La mamá de Clotilde regaló á ésta, el día de su cumpleaños, un magnífico loro que hablaba muy de prisa. Cuando la niña le vió por primera vez, el ave le dijo:—¿Cómo estás, amiga mía? ¿Cómo estás?—Y esto complació tanto á Clotilde, que se encariñó muy pronto con el loro: no consentía en que nadie le diera de comer sino ella, y no lo hubiera cambiado por una docena de muñecas.

Cierta mañana no se encontró el ave. Habían puesto la jaula á la puerta de la calle, y su puertecilla no estaba cerrada; de modo que, viendo el paso libre, el loro se marchó.



El Circo

Aprovechando la ocasión, fué á recrearse en los árboles del paseo inmediato, y cuando se hubo cansado acercóse á una casa y se situó en el umbral de la puerta.

Allí estaba sentado Joaquín, un muchacho cojo, que no podía correr y jugar como los demás. Sus padres, muy pobres, no podían proporcionarle ningún recreo.

No se regocijó poco Joaquín al ver el loro; y, como éste era muy manso, apoderóse de él y lo guardó en casa. Divertíale tanto que casi olvidó los dolores que su dolencia le ocasionaba.

Ahora bien: una mañana el padre del chico leyó en el diario un anuncio en que se expresaba quien había perdido el loro y donde se debía presentar; y, como era muy honrado, cualidad de que también participaba su hijo, ni uno ni otro quisieron guardar el ave, por más que á Joaquín le causara el más profundo sentimiento separarse de ella. El muchacho se despidió, pues, de ella, y aquel mismo día se envió á casa de sus legítimos dueños.

Clotilde saltó de alegría al ver á su loro sano y salvo; pero cuando oyó la historia del pobre cojo no pudo reprimir las lágrimas.

—No te aflijas, hija mía,—dijole su papá;—iremos á ver al chico, y yo le enviaré un médico para que le cure.

El padre cumplió su palabra: Joaquín se restableció, y pudo ya correr como los demás muchachos.

Clotilde recibe á menudo la visita de Joaquín, porque éste no olvida nunca el loro. Y cuando el ave divisa á su antiguo compañero, grita siempre con toda su fuerza: —¿Cómo estás, amigo mío, cómo estás?

¡CÓMO LLUEVE!

El viento silbaba, la lluvia caía á torrentes, y yo había salido á paseo con mi hermanita Adela; pero ni á ella ni á mí nos atemorizaba el temporal. Yo soy su único hermano, la quiero más que á mí mismo, y en los casos de apuro me constituyo en su protector. Charlando y riendo, como si brillara el sol, los dos recorrimos sin percance la distancia que nos separaba de nuestro domicilio; y cubriendo á mi hermanita con un gran paraguas, que casi nos ocultaba á los dos, llegamos á casa sanos y salvos.

LA FUGA DEL CERDO

Santiagoullo había ido á pasear en el carrito con su madre. Al doblar el ángulo de una cerca, el caballo se detuvo y enderezó las orejas como para escuchar mejor.

Oíanse gritos muy fuertes al otro lado de la cerca, y de pronto, Santiago, vió un cerdo pequeño que, cogido entre dos tablas, bregaba por desasirse. El animal había querido salir para ver el mundo por fuera, y, después de pasar la cabeza por la abertura sin dificultad, su grueso vientre quedó oprimido, sin que le fuese posible avanzar ni retroceder. Con sus lastimeros gritos parecía pedir auxilio; y, al oír las quejas, la madre de Santiago detuvo el carrito, mientras que Santiago corría hacia el animal. Inútilmente trató de ensanchar la abertura para que el marranillo pudiese entrar ó salir; y, viendo la madre del niño que le faltaban fuerzas, díjole que llamara á alguno de la casa.



El Circo

Pocos momentos después presentóse un anciano, y no sin algunos esfuerzos consiguió, sirviéndose de una piedra, ensanchar lo suficiente el espacio para que el animal pudiera meterse adentro. Si el marranillo hubiera podido

hablar, seguramente habría dicho: «¡Uf! Ya me ahogaba, y me he salvado: esto me servirá de lección para no tratar de salir otra vez de donde no debo.»

El anciano se acercó á Santiagoullo, y le dijo:

—Te agradezco mucho el favor; pues, de no avisarme, tal vez se habría estrangulado el pobre animal.

«Así lo creo yo también,» parecía decir el cerdo con sus gruñidos.

LOS APUROS DE ZIP

Cierto día el tío Ambrosio se dirigía á su casa por la tarde, cuando vió una multitud en la calle cerca de su domicilio: unos cincuenta muchachos formaban círculo alrededor de alguna cosa que al parecer les divertía, y oíanse desde lejos sus gritos y exclamaciones.

El tío Ambrosio se acercó al punto para averiguar qué ocurría, y no se sorprendió poco al ver á su grulla domesticada, Zip (este era el nombre que le había puesto), en medio de los chicos, descargando picotazos á diestra y siniestra. Ningún muchacho podía acercarse sin sentir al momento la punta del agudo pico, y á todos les divertía mucho esto, pues jamás habían visto un ave tan rara; pero á la grulla le desagradaba bastante al parecer. Apenas vió á su amo, corrió hacia él y ocultó la cabeza bajo su brazo, muy satisfecha de que la llevaran á casa.

A Zip le gustaba mucho la música: cuando oía tocar el piano, penetraba en las habitaciones si encontraba el paso, y, si no, llamaba á la puerta con su duro pico hasta que abrían. Después acercábase al piano y golpeaba las teclas, saltando de alegría cuando las hacía resonar; y á veces introducía el pico entre los dedos de su ama, pero sin hacerle nunca daño.

Sin embargo, Zip llegó á ser demasiado musical: al rayar el día dejaba oír su voz, que, muy alta, no tenía nada de dulce; y también cantaba por la noche á su manera. Los vecinos se quejaron, al fin, diciendo que les molestaba mucho, y entonces fué preciso enviar á Zip al campo, donde se enristeció mucho, aunque disfrutaba de mayor libertad sin que nadie la molestara.

Á COGER NUECES

No son sólo las aves y las ardillas las que van á coger nueces: son las niñas y los chicos que, lanzando gritos de alegría, trepan á los árboles para hacer caer el sabroso fruto para que lo recojan sus compañeros; y entonces estas ardillas de dos pies son mucho más peligrosas que las verdaderas por el daño que hacen en poco tiempo.

EL CIRCO

Un día fui á casa de D. Juan á fin de pasar allí algunas horas de recreo. Después de comer, la señora dijo que nos preparásemos para ir al Circo con los niños, cuyo número era de diez, sin contar el mayor.

Lo que llamaban *Circo* hallábase bajo la inmensa copa de un corpulento olmo. En un lado veíanse sillas y bancos para los espectadores, y en el otro varios animales en jaulas.

Cada uno de nosotros hubo de pagar dos alfileres por su billete. Este último era azul y tenía escrito en el centro: «Permitase la entrada.»

El hijo mayor de D. Juan era el encargado de enseñar las curiosidades contenidas en el Circo, y por cierto que sabía cumplir muy bien su cometido. Apenas entramos, nos condujo á ver cuanto allí había.

—Aquí tenéis,—nos dijo,—un magnífico avestruz de Arabia. Sus alas son demasiado pequeñas para permitirle volar, pero le ayudan mucho á correr; sus pasos son enormes, y tal la rapidez de su marcha, que esta ave corre con mayor ligereza que el caballo. Sus plumas se utilizan para adornar sombreros de señora; pero cuestan muy caras, y así es que ninguna de mis hermanas puede comprar una.

Todo s admiramos el avestruz, que estaba en un cajón con travesaños de madera, para que el ave pudiera sacar la cabeza. El tal avestruz parecía más bien una gallinácea de Cochinchina, pero por prudencia no manifestamos nuestra opinión.

—En esta jaula,—continuó el cicerone,—veis un hermoso loro del Brasil, pero aun es demasiado joven para hablar. (Este loro era una bonita paloma que yo había regalado á una de las hijas de D. Juan.)

—Y ahora,—añadió nuestro guía,—ved aquí lo más notable que tenemos. Este es un tigre real de Bengala con su cría; animal temible que, como ya sabréis, pertenece á la familia de los gatos. Tiene como éstos las garras y los dientes, y del mismo modo busca de noche la presa que le sirve de alimento. (Este tigre se parecía mucho á un gato con su cría, mas por consideración no dijimos nada.)

En una jofaina había unos patitos de color amarillento, y el cicerone nos aseguró que eran cisnes.

Después nos enseñó el león, que estaba sujeto con una cadena atada al palo de una silla. Cuando este animal rugía, hubiérase dicho que ladraba un perro.

Cuando nos hubimos sentado todos, salieron al redondel dos jaquitas, y el niño Ernesto las hizo correr, montando una de ellas.

Después el joven Emilio hizo varias evoluciones en un trapecio.

Cuando concluyeron sus ejercicios hubo concierto, y con él dióse por terminada la función, que agradó mucho á los espectadores y que bien valía dos alfileres.

LO QUE LOS REYES TRAJERON A CATALINA

La traviesa Catalina era mala... algunas veces, pero cierto día lo fué más que nunca, dando ya pruebas de ello en la cama antes de levantarse.



El Circo

Ahora bien: era la víspera de la fiesta de los Reyes, precisamente el día en que todos los niños deben ser buenos, sobre todo si esperan algún regalo cuando ponen el zapato ó la media en el balcón. Cuando Catalina preguntó á su madre qué le darian, se le contestó que esperase para ver.

La niña se encolerizó y fué más molesta para todos, por lo cual su madre le dijo que temía que los Reyes no traerían nada bueno para ella siendo tan mala; pero Catalina no hizo caso, y cuando llegó la hora puso su media en el balcón con las otras, como si hubiese sido buena. Después, en un momento en que su mamá no la miraba, cogió las

tijeras y cortó el rizo más largo del cabello de su hermanito. Esto era demasiado, y en castigo envió-sela á la cama al punto.

A la mañana siguiente todas las niñas corrieron á buscar



Lo que los Reyes trajeron á Catalina

sus medias apenas se despertaron, y cada cual halló su regalo: la de Catalina estaba llena de... ceniza negra, en medio de la cual sobresalía un largo látigo. Esto indicaba bien lo que los Reyes pensaban sobre la conducta de la niña.

Catalina quedó muda de sorpresa y volvióse á la cama, donde permaneció hasta la hora de vestirse. Todo aquel día estuvo quieta y fué buena; y, como su mamá la viese llorar de vez en cuando, condolióse al fin: díjole entonces que volviera á poner su media en el balcón, pues acaso los Reyes se compadecerían de ella; y al ver que Catalina vacilaba, hizo-lo de por sí con una sonrisa.

A la mañana siguiente la niña encontró su media llena de lo que más le gustaba.

Catalina no mejoró de conducta desde luego; pero nunca fué tan mala como aquel día de Reyes.

LOS PICHONES DE PERICO

Perico apreciaba mucho una paloma muy bonita, con la cola en forma de atanico, que tenía dos graciosos pichones. Cierta día desapareció de la casa, y el muchacho tuvo un gran sentimiento. No pensaba que la madre hubiera abandonado á sus hijuelos, é imaginó



Lo que los Reyes trajeron á Catalina

que habría ido al bosque á solazarse; pero temió que la mataran, porque entonces los pichones sucumbirían, tal vez, faltándoles los cuidados de la madre. Perico se proponía ya encargarse de alimentarlos, cuando de pronto vió llegar volando á su paloma, que al punto dió de comer á sus hijuelos, dejando muy complacido á Perico.

LAS AVES Y EL SILBATO

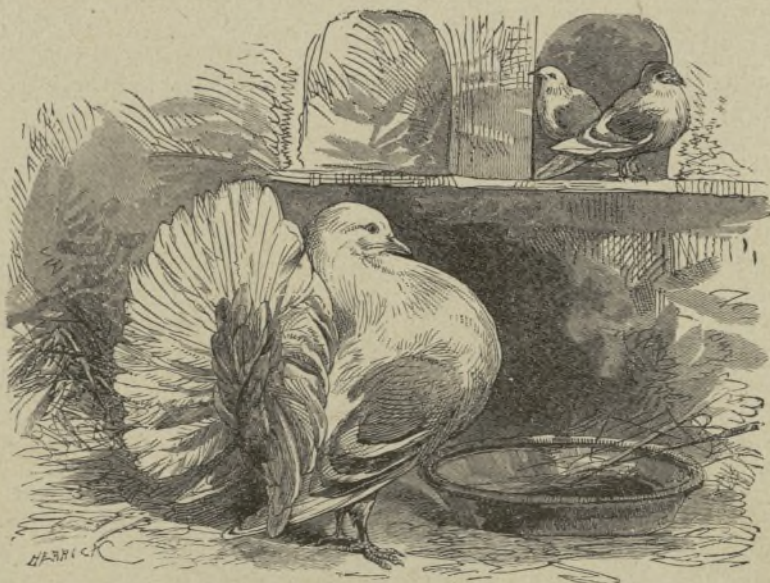
Érase una numerosa familia de aves que habitaban en una bonita casa, cerca de una factoría, y llamaba la atención por la regularidad de sus costumbres.

Levantábanse todas las mañanas con el sol, y se retiraban á descansar apenas oscurecía.

Todos los días, excepto los domingos, el silbato de la factoría les anunciaba la hora de almorzar, la de comer y la de cenar: oíase siempre á las siete de la mañana, al mediodía y á las seis de la tarde. Todas las aves estaban muy contentas, y agradecían al capataz la

puntualidad con que anunciaba las horas. Los domingos faltaba el silbato, pero entonces guiábanse por las campanas de la iglesia inmediata, que tocaban á maitines y á misa de doce, por lo cual las aves no hacían más que dos comidas.

Aquella familia era muy aseada: ningún individuo tomaba nunca su alimento sin lavarse y limpiarse cuidadosamente; y por tal concepto hubieran podido servir de modelo á muchas personas que no lo hacen así.



Los pichones de Perico

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—¡Oh, sí, sí!—exclamó Gustavito escapándose de los brazos del oficial.—No quiero ver ya el tambor; quiero irme en seguida á casa.

Y el niño bajó las escaleras corriendo, tomó la mano de Fanny y se puso á su lado con todo el orgullo de un héroe cuyo gran corazón ha sabido vencer sus pasiones. Gustavito era ciertamente un generoso niño; su primer cuidado al volver á casa fué contar á su madre todo lo que había pasado aquella tarde. La Sra. Hungerford escuchó á su hijo con satisfacción, y dijo:

—No podría darte más bella recompensa, hijo mío, que recompensar á esa joven misma. La fidelidad con que ha ejecutado mis órdenes la coloca, en mi opinión, muy por encima de la condición en que ha nacido. A contar desde hoy ocupará en mi casa la posición á que le dan derecho su sinceridad, su gracia y su buen sentido.

Desde entonces Fanny, para complacer á la Sra. Hungerford, asistió á todas las lecciones de los niños. Su ama le aconsejó que tratase de aprender

todo lo que es útil saber para ser una buena aya de jóvenes. La, á veces altiva, pero siempre bondadosa dama, le dijo:

—Cuando habláis, vuestro lenguaje es, en general, escogido y correcto, y sin el menor trabajo podréis formar vuestras maneras y desenvolver vuestro talento. Debo, por lo demás, facilitaros los medios de hacerlo á causa de los buenos cuidados que tenéis para con los niños, y me siento dichosa de recomendar á mi hijo Gustavo de la manera que, segura estoy de ello, le será más agradable.

—Y, mamá,—dijo el niño;—¿no podría ir alguna vez á pasear con sus hermanos? Porque yo creo que los quiere tanto como quiero yo á mis hermanitas.



Las aves y el silbato



La Sra. Hungerford permitió á Fanny que pasease una hora cada mañana, mientras sus hijos estaban con el maestro de baile. Entonces pudo salir ella, ya con Jaime, ya con Francisco, según que uno ú otro podían disponer de su tiempo, y así dieron deliciosos paseos. ¡Cuánto gustaban la dicha de haber sido educados en una tan perfecta amistad unos y otros! Esta amistad era entonces la alegría de su existencia.

En cuanto á la pobre Paulina, sentía mucho no poder juntarse á aquellas amables reuniones; pero ¡ay! era tan útil, tan agradable, tan indispensable á su ama achacosa, que le era imposible dejar un momento la casa. «¿Dónde está Paulina? ¿Por qué Paulina no hace tal cosa?» eran las preguntas incessantes de la Sra. Crumper cada vez que la joven se ausentaba. Todos los asuntos de la casa tenían que pasar por manos de Paulina, porque nadie hacía nada tan bien como ella.

(Se continuará)

Soluciones á los problemas, ejercicios y charadas del número anterior:

Tercio de sílabas: Cartero, Teresa, Rosalia.—**Criptografía:** Gonzalo de Córdoba.—**Estrella:** Melitón, Luciano, Benigno, Juliana.—**Intrínquilis:** Seda, Sed, Se, S.—**Cuadrado numérico:** 618, 753, 294.—**Aritmografía:** Damiana.—**Charadas:** Perezza, Zaragoza.

CHARADAS

Tres letras tiene mi *prima*,
y todas tan filarmónicas
que con ellas formar puedes
dos hermosísimas notas.
Y lo mismo es mi *segunda*,
y mi *tercera*... ¡vaya! otra.
Es mi *todo* cierto nombre.
Con lo dicho basta y sobra.

Yo no soy *segunda prima*
ni primero ni segundo
(ni tampoco soy *dos cuatros*),
ni de *tres segunda* fumo,
ni pruebo una *tres primera*
de vino dulce ni enjuto.
En cambio *cuarta* con *prima*,
como siempre con gran gusto.
Si vais á *todo*, queridos,
que os agradará no dudo.

Mi *primera* son dos letras,
ó, si lo prefieres, una;
y lo mismo observarás
reparando en mi *segunda*.
Nota musical *tercera*,
y planta y letra la *última*.
Mi *todo* fué un español
que del cielo ahora disfruta.

ORESTES



Las aves y el silbato

CHARADAS

Si te gusta ir á un teatro
sólo hay declamación,
mi *primera* con *segunda*
hallarás sin remisión.
Mi *tercera*, es bien sabido,
es planta medicinal
que se toma en ocasiones
y no suele sentar mal.
Me gusta verte que *cuatro*,
porque triste no estarás,

y mi *todo* á las pollitas
¡cuántas veces no dirás!

PILAR GASCON

Mi *primera* y mi *segunda*
un metal muy apreciado;
mi *tercera* *cuarta* y *quinta*
en relojes es usado.
Nota musical la *quinta*
(igualmente que la *cuatro*),

y mi *todo* está en los bosques
de la América... y es pájaro.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

Animal es mi *primera*,
la *dos* es preposición,
nota musical la *tres*,
y el *todo* da resplandor.

JUAN GUAU

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.